



EDITORIAL

El patrimonio cultural es de todos; o al menos debería de serlo. ¿Cómo lograr ese buen propósito? Obras son amores, de modo que en Campeche varios especialistas nos hemos dado a la tarea de facilitar el acceso, a más personas, a esos muchos elementos que conforman un riquísimo legado de carácter histórico y prehispánico.

El pasado de México, y en especial el perteneciente al sureste del país, es excepcional y no porque así lo asiente por escrito; sino por sus múltiples connotaciones en varios campos del saber humano. Pero centremos nuestra atención en Campeche. Para comenzar, la mayoría de los espacios dedicados a funcionar como escaparates de nuestra larga historia son lugares que originalmente tuvieron una vocación defensiva.

Recuérdense los pequeños, pero bien ubicados fuertes que flanquean a San Francisco de Campeche; San José el Alto por el rumbo de barlovento y San Miguel hacia sotavento. Además, dentro del recinto amurallado varios salones documentan pasajes de la historia precolom-

bina, virreinal y decimonónica de la entidad. Algunos edificios que deben mencionarse son el baluarte de Nuestra Señora de la Virgen de la Soledad, el baluarte de San Carlos, la Puerta de Tierra, la Biblioteca Campeche y la llamada Casa 6.

Otro punto que debemos mencionar es que un museo no es una edificación aburrida o una construcción sin movimiento. Por el contrario, es un lugar vivo en donde trabaja gente dedicada a generar nuevas visiones; nuevas maneras de mostrar a propios y extraños aquellas ideas y aquellos objetos que formaron el diario quehacer humano en tiempos virreinales o en días de encuentros indígenas bajo la luz del sol o debajo de las estrellas.

Esos astros son los mismos que existieron en siglos pasados y que hoy generan el calor de nuestros días o maravillan nuestras noches de enamorados. Las sociedades y sus maneras de ser y hacer han desaparecido; pero quienes estudiamos el pasado y trabajamos con él nos encargamos de presentar y de resucitar esos elementos primordiales que nos hablan del ayer, nos explican



las historias y nos dan sentido de identidad y de pertenencia.

El presente ejemplar de la revista Glifos está dedicado fundamentalmente a la labor desarrollada por el INAH en Campeche a lo largo de los últimos meses. La voz cantante es de la arquitecta Claudia Escalante Díaz, quien funge como directora de los Museos de Campeche y a quien mucho debemos la revitalización de esos espacios. Ella se dio tiempo, además, para escribir los dos primeros artículos de esta publicación. Primero se refiere a la accesibilidad universal a los museos y cómo ello ha podido implementarse en Campeche. Su segunda contribución nos informa sobre el proyecto Travesía por mi Historia, que busca acercarse al público infantil a fin de que conozca y valore el patrimonio cultural y su contexto. Los talleres están diseñados para preescolar, primaria (en dos niveles) y para el tiempo libre de niños y jóvenes en verano.

Complementando las actividades anteriores, la contribución de la historiadora Verence Ramírez Rosado dedica sus líneas a la inclusión y a la

difusión del patrimonio cultural, temas que van de la mano y facilitan, poco a poco, llegar a un mayor número de ciudadanos.

El último texto de la revista lo debemos a la ágil pluma del historiador Luis Fernando Álvarez Aguilar, quien en una segunda entrega nos informa de la pesca y sus leyes en las aguas campechanas durante el periodo que va de 1872 a 1982. También aborda, de manera puntual, los aspectos que dieron auge a esta importante actividad extractiva y su lamentable crisis derivada de varios factores.

Retomando frases de Escalante Díaz, invitamos a quienes nos leen a disfrutar este número de Glifos, pues no se ama o no se aprecia lo que no se conoce y mucho menos se protege aquello que nos es desconocido. ¡Conozcamos nuestro patrimonio cultural!

Antonio Benavides Castillo
Centro INAH Campeche